

Uriel Alejandro Rodríguez

Santidad, Pecado y Castigo.

Apenas son visibles los primeros rayos de sol, han pasado siete días desde la última vez que la vi, hoy la veré de nuevo; hoy podré limpiarme nuevamente por mis pecados. Soy sacerdote, pero incluso yo puedo pecar, Dios la envió a ella para castigarme y pagar mis penitencias, de esa forma lavo mis pecados y soy renovado de toda culpa y me acerco cada vez más a la santidad que mi santísima madre María espera de mí, ella sabe que lo hago por amor a ella, para poder estar cerca de ella y usar su poder y sabiduría para dirigir esta pequeña parroquia.

Sé lo que debo hacer hoy, hoy la parroquia está cerrada y debo prepararme para ella, tengo que presentarme limpio y con mis mejores prendas; una ducha, arreglar mi cabello y no llevarlo oculto solo amarrado en una coleta, depilar bien todo mi cuerpo y llevar mi uniforme de servicio. Pasan las horas y mientras más se acerca el momento de nuestro encuentro, siento mis latidos con mayor intensidad, mi boca se inunda con solo imaginar en estar con ella siendo un buen siervo, una corriente recorre mis piernas y se deposita en mi abdomen dejando una sensación de vacío y desesperación

Me presento a la hora de siempre, en el sitio de siempre esperando a que me indique que puedo pasar

— Adelante— la escucho decir con su voz tranquila y poderosa.

— Permiso, mi señora— respondo con sencillez y respeto.

Abro la puerta y me presento ante ella vistiendo un traje de sirvienta, con mis ojos delineados y sombras de un color azul metálico; como siempre ella viste su corsé negro habitual, una corona con cuernos negros, medias de color tinto y tacones altos negros.

Me quedo de pie ante ella con la cabeza agachada esperando su aprobación, se acerca y se pasea alrededor mío revisando que vaya como ella lo pidió, acaricia mi rostro y juega con mi cabello, levanta la falda que llevo puesta asegurándose de que todo esté en forma.

— Tan eficiente como siempre Sebastián, ¿a qué has venido? — pregunta sin dejar de observarme.

— Mi señora he venido aquí porque he pecado—le respondo con un tono de desagrado— vengo a expiar mis pecados y pagar la penitencia que dios designe.

— ¿No te he indicado que te guardes en santidad? — dice ella mirándome fríamente y asestando una bofetada en mi rostro.

— Lo... lo ha hecho, mi señora— digo soportando el dolor— trate de entender, solo soy un siervo inútil he caído ante la tentación del enojo y la ira

Me toma por la coleta y me jala al suelo arrastrándome hacia nuestro cuarto especial, no muestro resistencia y me dejo llevar por ella disfrutando de su fuerza; el cuarto luce diferente hoy, se siente un magnetismo y una presión excitante y sobrecogedora. Me levanta con fuerza aun tirando de mi cabello y

aventándome al fondo de la habitación. Una cama grande con sabanas negras al centro y las paredes rojas le dan un aire tétrico al lugar, diversos juguetes sexuales, paletas, látigos, arneses, sogas y esposas decoran las paredes y pequeñas luces de tonos cálidos cuelgan del techo.

— De rodillas— me ordena mientras toma un collar y una correa de una de las paredes.

Obedezco mientras la observo ponerme el collar para pasearme por la habitación a su antojo, es tan humillante, puedo sentir su rechazo y su molestia, necesito ser tocado y otorgarle placer con mi dolor, me resisto a refutar porque sé que merezco esto al no haber sido obediente, mi castigo debe ser mayor y lo entiendo; lo acepto.

La sesión transcurre entre órdenes y humillaciones de todo tipo, soy insultado, azotado y tratado de la manera más miserable posible, sin embargo, sé que es lo que Dios le ordeno, solo así podre limpiarme.

Con cada golpe y palabra hiriente que recibo, la excitación y el deseo en mi crece, cayendo cada vez más profundo en un estado de trance.

— Te permitiré terminar esta vez, toma tu lugar.

— Si... si mi señora— respondo de vuelta con un tono agudo.

Mis pupilas dilatadas me delatan, estoy desesperado por darle lo que ella espera. Me recuesto en la cama, mientras ella me amarra brazos y piernas a cada extremo inmovilizándome y marcando su posesión sobre mi cuerpo,

espíritu y placer. Al igual que a dios y el servicio espiritual, me entrego completamente a ella, pidiéndole que me limpie y purifique mi cuerpo.

Ella se acerca a mí sin su corsé, dejándome ver su cuerpo y sus senos permitiéndome tener un estímulo más allá del físico, deposita besos y mordidas en mi cuerpo logrando que una explosión recorra mi entrepierna causando una erección necesitada de atención y caricias.

— Por favor ama, empiece— suplico con la voz ahogada— se lo ruego.

Ella camina a un lado de la habitación y de una de las paredes toma un cuchillo no muy largo, pero si filoso, al igual que alcohol de un pequeño botiquín en una esquina; se acerca nuevamente y dejando el cuchillo reposado en mi vientre derrama el alcohol sobre mí y en mis brazos para empezar a desinfectarme, el frio del líquido transparente me da escalofríos y el aroma impregna mis fosas nasales provocando que suelte algunos suspiros.

La siento tomar mi miembro con una de sus manos y frotarlo, gimo despacio y disfruto de su toque, siento cuando toma el cuchillo y lo recorre por mis brazos. Entre gemidos y suspiros asiento con mi cabeza entregándome por completo al dolor y al placer que solo ella puede causarme.

Con cada corte que hace en mis brazos y vientre acompañado de múltiples caricias a mi erección, suelto un gemido más agudo y fuerte que el anterior, me siento fuera de mí, en cualquier momento podría llegar al orgasmo solo hace falta que ella lo ordene y mientras más tarda más frustrante y excitante se vuelve el dolor, ella va cada vez más rápido forzándome a retorcerme y gemir como un animal desesperado.

— Ahora, quiero que termines— la escucho ordenarme.

No me resisto y termino sobre mi vientre, dejando que mis fluidos se mezclen con la sangre, el alcohol y el sudor. Me siento fuera de mi cuerpo, puedo sentir como mi alma y espíritu se purifican y mis pecados quedan más que expuestos, se encuentran a flor de piel.

— ¿Estas bien, Sebastián? — me pregunta.

— Si... solo, necesito unos minutos.

Sale rápidamente de la habitación y escucho el agua llenar la bañera, regresa y sin perder el tiempo libera mis piernas y brazos. a diferencia de mi ella es alta y de cuerpo grande y fuerte, yo solo soy un escuálido joven de 22 años con un peso desproporcional a mi altura. Me acerca un vaso de agua y me hace beber, ingiero el líquido despacio y me levanto para llegar a la silla de ruedas que está ya junto a la cama, me ayuda a sentarme en ella y me lleva al baño para poder limpiarme.

— ¿He sido bueno ama? — pregunto con timidez.

— Bastante, ahora déjame cuidarte.

Con cuidado me ayuda a entrar a la bañera y con un paño húmedo y enjabonado limpia mis brazos y espalda, hace lo mismo con mi vientre teniendo el mayor tacto posible para evitar lastimarme, suelta mi cabello que cae a mis hombros y lo cepilla un poco antes de lavarlo. Me deja ahí descansando y regresa un par de minutos después con chocolates y leche tibia.

— Gracias...

— Shh— me sentencia ella— es lo que tengo que hacer, es mi responsabilidad. Lo hiciste bastante bien, estas bien y no pasó nada malo, tus heridas sanarán.

— Lo sé— respondo sin verla

—Recuerda lavarte mañana también— me toma el rostro y me hace verla— no tienes que temerme, todo está bien. Lo hiciste bien.

Deposita un pequeño beso en mi frente y me da chocolates y leche mientras me relajo en la bañera.

Una vez fuera, me ayuda a secarme con cuidado, limpia los cortes con alcohol y les pone unguento y gasas mientras me tranquiliza con sus suave voz y palabras reconfortantes y de orgullo. Dios y la virgen hablan a través de ella, me están hablando a mí, he quedado limpio y mi culpa fue expiada.

Apenas son visibles los primeros rayos de sol, han pasado un par de horas desde la última vez que la vi, hoy la veré de nuevo. Pienso en lo que tengo que hacer, rezar y prepararme para la misa. Hoy hay muchas confesiones, vienes sin falta aquella mujer mayor se confiesa por lo mismo, humillar a un hombre justificándose en que es una labor divina indicada por Dios mismo y la virgen para ayudarlo a expiar sus pecados, eso siempre me enfurece, me hace caer en la tentación del enojo y la ira para pecar.

Esta obra está bajo una licencia CC



